



## La respuesta



no parece, en un principio, que pueda resultar problemática<sup>1</sup>; no tiene tono, o sea, o un matiz — o una realidad por aquello de no restringir a género alguno de especímenes — más que llegar y decir guas yo o nosotros o nosotras somos Fulano de Tal, o Perengana de Cual, o enojar o hacer enojar o hacer de más allá e izquierda, todas las y cada una, de nosotros respectivamente pasadas... No, mira, ahí nos hemos equivocada, pero en un asunto de banalidad y de saber no decir nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltáramos — eso sí — las obviedades que nos obligamos por sentirnos en lo que concierne a nuestros sentimientos, con los varios al diccionario de sinónimos encorsetados que son "será así", o — eso también — "parecidas las", a nosotros en esas cosas, ¿no? que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portándonos tanto seriosas como seriosas — aparte de "de palabras eternas", que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener allí para nosotros — de olvidados tan realistas feroces de las propias que para qué repetirlos, repetidos, por perteneciendo común y del abeto, nos atenemos a la más sencilla de las cosas y no las repetimos...

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave, porque el sentido común — ¡una cosa tan común esta! —, cuando sí ya puede reportar cuando, además, nos queda el propio, de haber o no haberlo perdido y sentido. Y si lo hemos perdido, ¡Dios mío, qué pena, si que la habremos hecho porque nos pasará ligero, que si se nos va sin ir más lejos, nos acordó a nosotros un momento propio como mortal es cuando buscándolo — ¡pero qué podía estar oculto, que así el propio no caemos...!

Bueno, ¡pero no sabemos, pero [un destornillador](#)!

¿Qué estabamos diciéndo? Ah, ¡ya que para coger la pieza de la tapa con que sujetar al estar avetado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a entendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus propios propios para abrir sus ventanas.

<sup>1</sup> Por el [destornillador](#)

## Un destornillador

para irnos centrando por lo menos en algo tangible y concreto de utilidad consensuada y específica; aunque también podíamos buscar la cajita de rapé del abuelo, o una de chinchetas para clavar en la pared alguna de las “obras de arte” realizadas con el fin de tapar los churretes que quedaron en ella cuando tuvimos que mandar quitar el aparato de aire acondicionado — todo el mundo sabe lo que es tener vecinos que lo denuncian a uno por cualquier bobada —, o un ovillo de bramante tan útil para no se sabe qué pero del todo imprescindible cuando lo que se está



queriendo es, por ejemplo, rescatar uno de los muchos gatos<sup>1</sup> callejeros que por accidente se caen al patio de la iglesia de los curas de la calle Oquendo.

Ninguno se ha caído, sin embargo y por fortuna, en los últimos meses; y el bramante lo vimos ayer mismo en el cajón de las cucharas y al lado de un bolígrafo y cuatro pinzas de tender la ropa.

En cuanto al destornillador — que, ya decimos, también podía estar siendo el objeto buscado — hallámonos en condiciones de afirmar que está bajo control porque nos lo encontramos cada día al tirar del cajón de la cómoda en que guardamos el cable del teléfono móvil enredado, casi siempre, con una cinta métrica amarilla y la correa de un reloj que no nos ponemos porque, además de marcar siempre las once y veinticinco, con el roce de la hebilla nos sale un sarpullido que nos tiene todo el rato rascándonos...<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El procedimiento — la señorita hizo un alto en el dictado para explicarlo — consiste en atar el bramante a una jaula trampa con comida dentro. Cuando el gato entra y la jaula se cierra se sube a pulso.

<sup>2</sup> Y la señorita se rascó la muñeca, aunque no llevaba reloj y no podía picarle nada o no por lo menos la muñeca, y como miró el que había sobre el encerado y vio que estaba **a punto de tocar la campana**, dijo que mañana seguiríamos y se quitó las gafas; y se volvió a rascar la muñeca murmurando con los ojos en blanco — las de la primera fila contaron que la oyeron — que qué desorden y que si todo eso, en tono interrogativo, no debería estar en el cajón de las cucharas como en todas las casas normales.